



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1089

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 20 DE DICIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTÍAS

Capital social efectivo. Pesetas 12.000.000
Primas y reservas. 44.028.645
TOTAL. 56.028.645

33 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura
contra los riesgos de incendio.
El gran desarrollo de sus operaciones
acredita la confianza que inspira al públi-
co, habiendo pagado por siniestros desde
el año 1864, de su fundación, la suma de
pesetas 64.650.087,42.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos num. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata to-
da clase de combinaciones, y especialmen-
te las Dotales, Rentas de educación, Ren-
tas vitalicias y Capitales diferidos á pri-
mas más reducidas que cualquiera otra
Compañía.

CAMILO PEREZ LURBE 12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura
y construcción.
Instalaciones de máquinas de ex-
tracción y desagües. Especialidad
en cables y cuerdas de abacá, acero
y hierro.
Vias, rails, wagonetas, picos,
martillos, azadas, legones, palas,
barrenas, etc.
Bombas, fraguas, poleas, mandri-
les y toda clase de maquinaria.

RESPIREMOS

«Dios aprueba pero no aboga»,
dice el refrán; y como ya nos es-
tá abogando el apretón, se ha
hecho una solución de continuidad
y podemos respirar á pulmón
lleno.

Ya era hora de que tuvieran
término nuestras desgracias; dos
años y medio de desdichas crueles
nos habían llevado á tal situación
de ánimo, que las noticias pesi-
mistas las acogíamos como cier-
tas, sin pararnos á analizarlas, y
las optimistas las recibíamos con
aire incrédulo como si no viera-
mos en lo humano remedio á nues-
tro mal.

La paz hecha en el archipiélago
filipino ha sido una parada en firme
en el camino de perdición á que
nos creímos lanzados fatal-
mente, y ante ese hecho que viene
á probarnos que nuestra desgra-
cia no es irremediable, el ánimo
se ha rehecho, el corazón se ha
tranquilizado y la esperanza de
un más allá venturoso se ha pose-
sionado de nuestros pechos.

La paz de Filipinas es el comien-
zo de una nueva etapa á cuyo fin
está el reposo que buscamos. Co-
mo arrancó nuestra desdicha del
grito rebelde de contra España

el 24 de Febrero de hace tres años,
arrancará nuestra ventura del mo-
mento en que los rebeldes tagalos
pusieron su firma, arrepentidos, al
pie del documento en el que reco-
nocen que la nación española es
soberana en el archipiélago que
descubrió Legazpi.

¿Hay quién lo dude? Pues dirija
su mirada á Europa y la verá re-
gocijarse con nosotros celebrando
nuestro triunfo; vuelva los ojos á
Cuba y observará que en la man-
igua se celebran conferencias soli-
citadas por los rebeldes que quie-
ren acogerse á la legalidad; torne
la vista á los Estados Unidos, á
esa nación que hace dos semanas
nos provocaba y ofendía y la verá
aprobando en sus Cámaras una
proposición de nuestros enemigos
pidiendo lo contrario de lo que
estaban dispuestos á pedir: la sus-
pensión del reconocimiento de la
beligerancia á los separatistas cu-
banos.

Si el anuncio de que nos hemos
descartado de un enemigo y po-
demos arrojar todos nuestros ele-
mentos de represión sobre los que
en Cuba pretenden desgarrar nues-
tra bandera ha determinado aquel
cambio de actitud, ¿como no ha de
influir en nuestro provecho la de-
cisión del Senado americano? Los
rebeldes continuaban en el esperan-
do que les volaran la beligerancia,
la independencia y la interven-
ción, y los senadores se encasti-
llan ahora en la prudencia, dan-
do de mano al lenguaje provocati-
vo é insultante que han usado has-
ta ahora contra España y renun-
ciando á las proposiciones más ó
menos conjuntas que tenían pre-
paradas para favorecer la rebel-
día.

El sol de paz que asoma en Fili-
pinas se refleja en el horizonte
cubano, tiñéndolo de color de ro-
sa. Todo lo que tarde en elevarse,
surcando el cielo de la patria, lar-
dará en agostarse la planta rebel-
de que brotó en mal hora por la

lorpeza de todos y la traición de
unos cuantos.

GLORIAS NACIONALES

Batalla de Tarancón
20 de Diciembre 1808

Después que se hubo reorganizado en
Cuenca el llamado Ejército del Centro,
el duque del Infantado, su Comandante
general, dispuso se efectuaran recono-
cimientos por la izquierda del Tajo, á
fin de desalojar á los imperiales de los
puntos que ocupaban y obligarlos á
evacuar aquella parte de Castilla la
Nueva.

Cumpliendo las órdenes del duque,
con cuatro mil infantes y mil ginetes
marchó hacia Aranjuez el general Sen-
ra, y á Tarancón, donde se hallaban la
mayor parte de las tropas francesas
que se querían batir, el brigadier Gi-
rón, con el regimiento de Africa, un ba-
tallón de Bailén, el provisional de To-
ro, un centenar de ginetes y tres pie-
zas de artillería, llevando orden de
atacar de frente á los franceses, para
que al retirarse se encontraran con la
división de vanguardia, que operaba á
las órdenes del general Venegas, á cuyo
efecto, en tiempo oportuno, había de
atravesarse en el camino de Tarancón
á Santa Cruz de la Zarza.

No se vieron defraudadas las espe-
ranzas que se tenían, pues los fran-
ceses se apercibieron de la proxi-
midad de la columna Girón, se declararon
en retirada, y como estaba pre-
visto vieronse detenidos en su marcha,
por la columna de Venegas, cuyos bata-
llones, formados en batalla con seis fi-
las de fondo, rechazaron valientemente
cuatro acometidas que dieron los im-
periales, para romper la muralla de
carne humana y acero que les estorba-
ba el paso.

El encuentro fué de muy felices re-
sultados para los nuestros, pero no tan-
to como se esperaba, pues por no
llegar á tiempo la caballería de la
división, los franceses poco á poco fué-
ron desfilando por uno de los lados
de las tropas españolas, operación que
favoreció grandemente la huida del
terreno donde se desarrolló la lucha; y

sin embargo de esto, salieron de la ac-
ción muy castigados.

(Prohibida la reproducción).

LOS EXPLOSIVOS

Hace días que por la prensa ma-
drileña una comunicada suscrita por el
gerente de la empresa monopolizadora
de los explosivos, rogando que el dipu-
tado por esta circunscripción D. Angel
Aznar hubiera renunciado á la promesa
de admitir el contrato del monopolio.
Como este asunto de los explosivos
importa mucho á Cartagena y el señor
Aznar no había comunicado á sus ami-
gos de esta noticia alguna de las ofreci-
mientos, nos pareció que el comunicado
del Sr. Thiebaut no iba encaminado á
desmentir una noticia dada por la pre-
sa, si no á advertir al ministro.

Efectivamente, de las gestiones que
hemos hecho para ver si el reconoci-
miento de lo que el comunicado decía, he-
mos sabido que la prensa madrileña no
ha dicho nada de lo que el comunican-
te le hacíamos saber. Y siendo esto cierto
y cierto también que el Sr. Aznar no ha
dicho á nadie que el ministro de Ha-
cienda le hubiese prometido nada, es
evidente que el comunicado del gerente
de la empresa del monopolio se fun-
dó sólo en un supuesto para dirigir al
ministro una advertencia.

El general Aznar ha visitado al mi-
nistro de acuerdo con los representa-
ntes de varias zonas mineras y de los
mineros de este distrito, obteniendo del
Sr. Paigcerver la promesa de estudiar
detenida é imparcialmente el asunto,
pues su aspiración es encontrar una so-
lución que sin daño del Tesoro ni me-
nosca de los compromisos legalmente
aceptados, alivie la carga que el mono-
polio ha cobrado sobre la industria mi-
nera y permita la más completa liber-
tad para la fabricación y adquisición
de explosivos.

Esto es todo; pero á la empresa del
monopolio debe parecerle mucho, quan-
do no ha tenido inconveniente en am-
pararse de un supuesto para dar un
golpe de atención.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 219

CARLOS II EL HECHIZADO

218

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 216

—¿Y las hachas? preguntó sentándose.
—Aquí están, contestó Arcañuz sacándolas del
fondo del boté. Además me ha parecido oportuno
traer algunas sierras y barrenas para que la fraga-
ta quede como una oriba.
—Magníficamente, dijeron los jóvenes estrechan-
do al sargento.
—¿Y la cuerda? preguntó de nuevo el capitán.
—¿Qué cuerda?
—La que necesito para subir á una de las porta-
ñolas de la fragata.
—Señor, las cuerdas son buenas para bajar; una
escala tiene la ventaja de no lastimar las manos, y
ved la razón por lo que he sustituido la primera con
la segunda.
—Leon examinó la ligera escala que le presentó Ar-
cañuz, y la enrolló en su brazo izquierdo con ale-
gría feroz.
—Dame tu puñal, dijo tomando una de esas da-
gas agudas y prolongadas que han hecho la fama
de Albacete; vosotros, tomad cada uno su hacha....
Ya es hora.
Esta palabra agitó sin querer todos los corazones.
—Tal vez que nos separemos para siempre, mur-
muró Leon con voz entera, pero es menester que

impulsa hacia adelante para que aplastemos á ese
reptil ó sucumbamos bajo su ponzoñoso aliento. ¡Ah
Son las doce y media de la noche; á la una debo ha-
ber entrado en la fragata. Si á las dos no he salido
de ella, entonces subid otro para vengarme y salvar
los cuarenta millones.
La voz de Leon era solemne: había en sus pala-
bras la heroica determinación del hombre decidido
á morir ó vencer: sus ojos chispeantes en la oscuri-
dad arrojaban dos rayos azulados que iban á per-
derse en la dirección de la fragata, mientras Martín
y Millan escuchaban en silencio, decidiéndose á per-
der la existencia antes de consentir el triunfo de
Asima.
Arcañuz no se hizo aguardar. Bien pronto se le
vió correr sobre la superficie del mar, impulsando
con brazos vigorosos á la lancha que le conducía.
Llegado á la playa tiró á tierra la ropa con que
debían cubrirse los tres caballeros, y concluida esta
operación se embarcaron.
—Dirige la proa á la fragata, pero sin caminar
de prisa, dijo el capitán al sargento.
La lancha recibió el impulso indicado.
Leon, después de aquellos momentos de ardimien-
to, quedó con su frialdad habitual. Calculado lo que
debía hacer, solo pensaba en su ejecución.

—Sí, y mucho.
—Estamos dispuestos, contestó Martín no puien-
do contener el gozo que le dominaba; en este instan-
te sería capaz de embestir contra una región de dia-
blos.
—No es menos lo que vamos á hacer. Amigos, he-
mos vencido un peligro inmenso, pero nos resta sal-
var otro más grande y de mayor importancia. De
otro modo considero casi imposible salvar los cua-
renta millones.
El tono de voz del capitán tenía un timbre extra-
ño que llamó la atención de los tres oyentes. Su figu-
ra imponente y severa se delineaba entre la bruma
del mar como la sombra de un Dios, y los jóvenes
no pudieron menos de prepararse á todo lo que se
les ordenase.
—Mandad, dijo Martín.
—Tended la vista hacia el puerto, continuó el ca-
pitán; mientras esa fragata que se oculta en él no
desaparezca, no conseguiremos nuestro objeto. Aca-
bamos de romper el lazo que Asima nos ha prepara-
do; ahora es menester acabar de una vez con ese
hombre fatal.
—¡Oh! sí; ¿pero cómo? preguntó Millan.
—¿Sabeis nadar?